

— Abran la puerta; se hizo la *grande*.

S. E. recogió esa y las demás apuestas, pues no llegó á errar un golpe; pero el dinero no lo guardó, sino que generosamente lo arrojó á las cantadoras, al gritón y á unos danzantes con traje de lentejuelas y colorines que salieron al acabarse la función.

28 de Mayo. Por extraordinario se ha sabido que unos guardias nacionales que trataban de desobedecer á las órdenes que para su desarme y refundición en los cuerpos dictó el señor Comandante Militar de Veracruz, fueron sujetos, fusilándose á unos cuantos que acaudillaron el movimiento.

Esto ha bastado para que los tontos del *Siglo XIX* sostengan que el gobierno debe perdonar á los promotores de la asonada, que eran unos grandísimos infelices. Yo no estoy por esas blanduras de los sensibleros, ni lo está tampoco *El Universal*, periódico del señor Santa Anna, que ha demostrado al *Siglo*, por á más *be*, que perdonar á esos bribones sería tanto como sentar un precedente desastroso. Replicó *El Siglo*, duplicó su contrario, se dijeron unos y otros diaristas unas cuantas frescas y se acabó, como era razón, porque el licenciado Zaldívar, fiscal de imprenta, declarara sediciosos los artículos del diario federalista é impusiera una multa de cien pesos.

Yo aplaudo la medida, salvo que la corrección me

parece muy leve, pues para tales protervos debía haber castigos mucho mayores.

Habían de tomar experiencia estas gentes, pues saben que en el paternal gobierno que nos rige, así como hay multas y prisiones para los rebeldes, hay premios para los buenos. Testigo de ello el licenciado Aguilar y Marrocho, que de simple escritor de *El Universal*, criado á los pechos de Rafael, va que vuela para ministro y aseguran que le darán la primera cartera vacante.

29 de Mayo. Me tocó llevar un cirio en la devota procesión que acompañó al viático para el señor Alamán, ministro de Relaciones. El gentío era grande, la consternación inmensa, los comentarios variadísimos.

Parece que hace tres días comenzó el grande hombre á sentirse mal: le picaba continuamente un dolorcito en el lado del bazo, tenía esputos sanguíneos y calentura. Su médico, el doctor Carpio, le ordenó meterse en cama y le recetó algunos derivativos sin resultado.

Dicen que su mal le vino á consecuencia de la terrible labor que se ha impuesto en estos últimos días á fin de cimentar la nueva administración. Según afirmaba un caballero á quien no conocí, días antes de caer en cama afeaban al señor don Lucas que se dedicara al trabajo con tamaño tesón, y él respondió tranquilo: *Sé que me voy á morir pronto; pero el tiempo es precioso*

y no hay que perderlo; estoy decidido á consagrar á mi patria mis últimos días. ¡Qué hombre, qué hombre! ¡No tuviéramos muchos así!



D. LUCAS ALAMÁN

soberanía, y quitémosles sus dinerillos. ¡A los cascós, á los cascós!

2 de Junio. Ayer, á las dos y media de la madrugada, falleció el sabio señor Alamán. El mismo día, á las cuatro, salió la comitiva de la casa del finado y se encaminó á la iglesia del Hospital de Jesús. Vi allí á muchas personas principales, entre otras los señores ministros de Gobernación y Justicia, y todos los oficiales del Estado Mayor de S. E.

Recibió el viático con grandes extremos de devoción, é incorporándose en la cama dijo golpeándose el pecho al ver al Divinísimo: *Domine, non suum dignus ut intres sub tectum meum*. Tenía la voz tan entera y firme como cuando en la Cámara se burlaba de los pobres liberales y decía en un arranque de franqueza: *Dejémosles á los Estados sus congresitos y sus farsas de*

A las nueve de la mañana de hoy fueron las exequias, sepultándose el cadáver en el altar mayor del lado de la epístola, mientras se levanta el monumento que el país no dejará de dedicar á tan distinguido varón.

Al salir pude escuchar algo que dijo un señor Consejero de Estado al subir á su coche:

— ¡Qué suerte tiene el señor Santa Anna! No hay como él para que lo favorezca la casualidad llevándose á sus enemigos y á sus amigos.

¡Vaya una manera de opinar y de expresarse! (dispense S. S. que lo diga). Como si la muerte de un hombre de la talla de don Lucas pudiera servir de motivo de alegría á nadie. Decididamente se calumnia al señor General.

6 de Junio. Ya tiene sucesor el señor Alamán, y lo es nada menos que el señor don Manuel Díez de Bonilla, sabio y diplomático insigne, que ha dado más de una muestra de sus inmensos talentos.

No ha escrito como el finado ninguna obra en muchos tomos, llena de citas y de erudición; pero ha publicado un libro que por sí solo le ha dado fama universal. Me refiero á su *Manual de urbanidad y buenas maneras, con un apéndice en que se contienen reglas precisas para poner y servir una mesa y trinchar piezas difíciles*, que ha llamado la atención de todos los sabios.

Contiene una multitud de admirables preceptos, y glosas muy completas de las máximas del barón de Andilla. Sus comentarios de las famosas reglas:

Niña, en la iglesia la cabeza tapa;  
Lo manda así San Lino, segundo papa.  
Nunca metas las manos en el plato;  
Eso más bien se queda para el gato,

y algunos otros así, son verdaderamente exquisitos y llenos de profundidad.

Este hombre insigne, que anuncia grandísimos bienes para su patria, tiene una conciencia tan derecha como la raya de su peinado, y estoy seguro de que conducirá nuestras relaciones con los pueblos amigos con la misma corrección y rectitud que conduce sus levitas.

No, hay que convencerse: sólo á un hombre de tanto genio como el señor Santa Anna pudo haberse ocurrido nombrar ministro de Relaciones á un autor de libros sobre urbanidad y buenas maneras.

¡Cenizas de Alamán, ya podéis reposar tranquilas!

10 de Junio. La sentida muerte del señor Alamán sigue siendo objeto de comentarios. Hoy escuché al mismo señor consejero de quien oí la extraña frase que referí hace poco, otra que me dejó aún más perplejo:

«Dicen, exclamó, que don Eligio Romero y don Juan Alvarez arrojaron en Chilpancingo cohetes al aire al saber la muerte de nuestro don Lucas, yo sé de quién, si pudiera, haría cosa igual.»

También en *El Orden*, periódico nuestro, leí unas frases que me llenaron de curiosidad: «Alamán no descañilló, en lo más mínimo, su ortodoxismo. — Se dedicaba á la lectura de libros espirituales, de que admiraba el conocimiento que tenía. — Procuraba acomodarse á las reglas de la ascética.»

¿Qué será todo eso? ¿Por qué no intervendrá el señor fiscal de imprenta, si es que tales frases significan, como yo lo creo, un horrible atentado al régimen?

*La misma fecha.* Ha sido destituido de su cargo de Director del Monte de Piedad el general don José Joaquín de Herrera, un vejete que creía tener derecho al empleo por toda la vida, en atención á que fué presidente y á que no se cogió los caudales de la institución y dejó grandes ahorros en las cajas.

Dicen que va á morir en la miseria y que está tranquilo y contento. Con su pan se lo coma; para traidores como él, no debe haber compasión.

13 de Junio. Hoy celebramos el día del santo de S. E. Hubo serenata frente á su habitación, salvas á las

cinco y á las doce de la mañana y al ponerse el sol; columna de honor á las once, felicitación del cuerpo diplomático y autoridades, asistencia del señor Presidente al Paseo Nuevo, diversiones para el pueblo, comida y baile, dando la guardia una compañía de granaderos.

El señor General, con tal plausible motivo, indultó á varios reos de robo con asalto, y obsequió galas á sus ayudantes y personas de la alta servidumbre.

Recibió de regalos lo que nadie puede figurarse: el señor conde de la Cortina y Castro, lo obsequió con cuatro caballos rucios rodados y una carretela que valen un potosí; el señor Tornel le mandó un magnífico Lozada que importa con dijes, sellos y cadenas, más de diez mil duros; el señor San Miguel le presentó un cintillo con solitario que Varic valuó en tres mil pesos; el agiotista Gómez Reurga le hizo donación de un monetario de oro que contiene monedas de todos los pueblos, y en una profusión tal que espanta; los arrendatarios de la renta del tabaco, los de casas de moneda, los de estanco de pólvora, los empleados, la guarnición, todo el mundo se esmeró á porfía en celebrar esta fecha memorable, que es la del aparecimiento del sol de América, gloria y encanto de la patria. Dicen que pasa de medio millón el importe de los regalos.

Así se hacen las cosas, señores, y no como las hacían los infelices Arista y Herrera, pobretones que nunca com-



La aclamación fué inmensa...

prendieron lo que era dar lustre y honor á la magistratura.

*21 de Junio.* Este día se trasladó S. E. á su ordinario retiro de Tacubaya, que es la casa llamada del arzobispado. A las nueve salió del palacio acompañado del regimiento de lanceros de la guardia, que le precedía, y de los dragones de á caballo, que iban tras de la carretela abierta.

La villa veraniega estaba llena de arcos de triunfo, bajo los cuales pasó el señor General. Las fachadas de las casas estaban adornadas, distinguiéndose las de Jamesón, Escandón, Conde de la Cortina y Herreros. En los balcones había vasos de colores, con aceite, para prevenir la iluminación, y lujosas cortinas de seda de China.

Entró primero un coche tirado por cuatro caballos tordillos quemados, en el cual iba don Manuel Escandón acompañado de varios caballeros principales; seguían dos carruajes con los señores ministros, y al último iba el de S. E.

Fuí enviado por el señor Lagarde para organizar la manifestación, y me llevé á unos quinientos pelados que pagué á razón de un real. A cada uno le di una caña fresca y la orden de gritar «Viva Santa Anna.» La aclamación fué inmensa y creo que el mismo aplaudido la creyó sincera.

*22 de Junio.* Algunos pillos dieron en recitar un ver-

sillo que no tiene gracia; pero con el que se mostraban muy satisfechos.

Dice poco más ó menos:

Es santa sin ser mujer;  
 es rey sin cetro real;  
 es hombre mas no cabal  
 y sultán al parecer.  
 Que vive debemos creer;  
 parte en el sepulcro está  
 y parte dándonos guerra.  
 ¿Si será esto de la tierra  
 ó qué demonios será?

Oí á unos estudiantejos que celebraban la coplilla con grandes risas; los conduje al cuartel del 1.º, ligero; sufrieron un banco de palos por barba, y salieron espichados. A la hora de esta ya estarán arrepentidos y seguros de que no conviene tener disputas con quien todo lo puede.

12 de Julio. Entre las dificultades que nos ha traído la sentida muerte del señor Alamán, no es la menor el haberse traspirado un secretillo que aquel espejo de los diplomáticos había guardado como oro en paño y que acaba de revelar la indiscreción de un periódico madrileño.

Es el caso que el insigne don Lucas, cuya habilidad, talento y patriotismo eran asombro de todas las cancillerías europeas, había pensado hacernos felices trayéndonos nada menos que un monarca, á fin de que sujetara á los malditos demagogos que tan insolentados se hallan.

*El Clamor público*, periódico liberalesco de Madrid, por artes del demonio tuvo conocimiento de lo que se tramaba, lo escribió, envió acá sus papelotes, y cádate que lo que tan secreto se había guardado, corre ahora por todas las bocas, alborotando el cotarro masónico, que ha puesto el grito en el cielo, con más lástima que la doncella á quien arrebatan violentamente el derecho de llevar ese dictado en lo sucesivo.

Por supuesto que no se pensó traer monarca de Inglaterra ó Francia, sino — ¿en qué nación habíamos de fijarnos? — de nuestra madre patria, la tierra de los Alfonsos y los Fernandos, la tierra del aguardiente, marido y bretaña auténticos y aceptables: de España, en fin.

Por supuesto que al *Clamor* le ha respondido muy lindamente el *Heraldo*, periódico del conde de San Luis, demostrando que somos unos peruétanos ruines y para poco, que no podremos tener una nación medianeja ni después de este destierro, y que debemos echarnos en brazos de aquel pueblo modelo, lo mismo que el loco, imbécil ó incapacitado caen naturalmente en los del tutor ó curador.

Razón tiene de sobra ese excelente periódico, pues la verdad es que quitando aquí á la poca gente útil y de arrojo que compone el bando conservador, todo lo demás no vale nada.

*13 de Julio.* Se ha hablado, aunque con misterio, del asalto de que fué víctima un inglés llamado Doyle, Doylan ó no sé cómo, en el monte de las Cruces, camino de Toluca. Según parece, el bruto del sajón caminaba solo y á pie, llevando á la bandolera una escopetilla de dos cañones.

Unos foragidos espieron el momento en que pasara, cayeron sobre él y trataron de despojarlo de las baratijas que llevaba; pero el muy tonto, queriendo defender aquellas pequeñeces, hizo uso del arma, enardeció el ánimo de aquellos valientes, que como mexicanos no podían ver tranquilos que los maltratara alguien que no fuera hijo del país, y acabó por caer molido á palos y con una ligerísima herida en la pierna por donde se desangró, muriendo á poco.

Yo veo en el caso una muestra de la mala voluntad que nos tienen los extranjeros, pues si este gabacho en vez de dejarse morir como un perro, se hubiera apretado la arteria herida, habría podido vivir cien años más. Y el conocimiento de cosa tan sencilla debía haberlo adquirido sólo mediante un axioma de hidráulica que el pobre ese,

como procedente de un país tan famoso en ciencias, debió haber conocido.

Pero se comprende el caso: este pillo quiso que su familia sacara una buena indemnización, como las que se llevan de aquí todos los extranjeros, y dejó correr la sangre como si hubiera sido un chorro de agua.

Y no tardaremos en ver á los deudos de ese buhonero ó sastrecillo convertidos en señores dones y quizás arrastrando coche con los dineros mexicanos.

*14 de Julio.* Hoy me comunicó un amigo, que lo sabe por buen conducto, la conversación que tuvo el meritísimo señor Bonilla con el marqués de la Rivera, digno representante de S. M. C. ante nuestro gobierno.

Nuestro diplomático, con una verba y un talento que le envidiaría cualquiera, se puso á explicar los particulares del negocio que tenemos pendiente con España, y el otro á escucharlo embobado. Como la cosa es memorable, vale la pena de transcribir el coloquio.

*Marqués.* Habrá visto V. S. que los periódicos han hablado en estos días de un supuesto protectorado español en México, contando con la venia de S. E. el General Presidente.

*Sr. Bonilla.* Sí que he visto lo que V. S. dice, y si se me permite que exprese mi parecer sin ambages, á riesgo de parecer adulator, le diré que el proyecto se me figura de perlas.

*Marqués.* Así lo creo yo; pero lo cierto es que un pensamiento nuevo, sin precedentes...

*Bonilla.* No diga V. S. tal cosa, pues la idea tiene de madurarse casi tanto como cuenta México de vivir, por su mal, distante del apoyo de su madre cariñosísima.

El año de veintitrés, el vizconde de Chateaubriand pretendió, aprovechándose de la influencia que la corte de Francia ejercía en el ánimo de Fernando VII, que aceptara la formación en América de monarquías franco-españolas. Desgraciadamente las colonias consumaron su independencia; y esto, unido á la caída del ministerio que presidía el triste Chactas, interrumpió las negociaciones.

Vino un nuevo gabinete, presidido por el señor Marqués de Villèle, y ese grande hombre de Estado, tomando sobre sí la ardua tarea de hacernos felices, se propuso llevar á cabo el plan de Iguala. Quien lo guió y aconsejó en ese delicado negocio fué otro diplomático famoso, el señor marqués de Crouy Chanel, el mismo que contrató un empréstito para la regencia de Urgel, que después traspasó á Madrid el señor Duque de Angulema,

Se trataba de traernos por emperador nada menos que al famoso Infante don Francisco de Paula, el mismo que dió origen al levantamiento del dos de Mayo.

El serenísimo señor Infante, con la bondad que le caracterizó siempre, estaba dispuesto á venir á México; pero como su real hermano le negara el permiso nece-

sario, don Francisco se manifestó dispuesto á venir de ocultis y aun autorizó al marqués para que tratase con las autoridades mexicanas, concediera títulos y empleos, negociara préstamos, y ofreciera al gobierno inglés varias ventajas, entre otras la absoluta libertad de comercio, para atraérselo y tenerlo grato.

S. M. Carlos X no quiso consentir en un proyecto que no era del agrado de Fernando; pero creyendo el marqués de Crouy Chanel que á pesar de eso lograría tener éxito en Londres, marchó allá con poderes del Infante.

Al llegar solicitó audiencia de Canning; pero como no quisiera mostrar las facultades que llevaba del Infante, el primer ministro se negó á recibirlo, y las negociaciones terminaron allí.

Sin embargo, estaba todo tan bien encaminado, que hasta ministerio existía ya, y era este:

Consejero Talleyrand, Ministro de Relaciones exteriores.

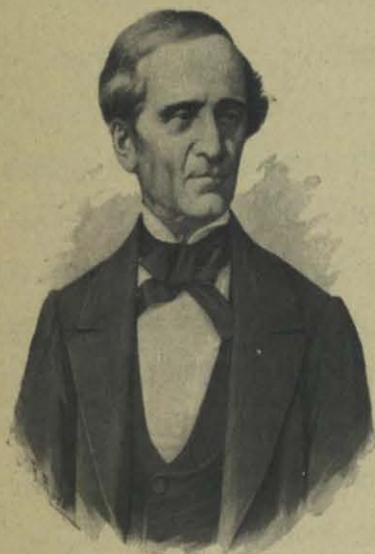
Duque de Dino, Ministro de Guerra.

Conde de la Roche Aymon, encargado de reorganizar el ejército.

Capitán de navío Galloces, encargado de reorganizar la marina.

El Conde de Belle Gard, sobrino del mariscal austriaco, el Conde Astier y otras personas, ya habían aceptado empleos.

En 1840, el insigne patricio don José María Gutiérrez de Estrada escribió una larga y bien meditada carta encaminada á persuadir á todo el mundo de que el remedio de nuestros males estaba en la adopción de lá forma monárquica. Desencadenóse una horrible tempestad contra



D. JOSÉ M. GUTIÉRREZ ESTRADA

aquel digno repúblico, tuvo éste que emigrar á Europa, y allá sí se hizo caudal de sus razonamientos y se aceptaron sus conclusiones.

En 1845, el general Paredes y Arrillaga, uno de nuestros grandes hombres, cuando logró adueñarse de la presidencia de la República, trató de llamar un príncipe extranjero para regenerarnos; y para propagar su idea fundó aquel fénix de los periódicos que se llamó *El Tiempo*, redactado por mi inolvidable antecesor el señor Alamán.

Se trataba entonces de traer al Infante don Enrique, hermano de don Francisco de Asís y dos veces cuñado de la reina doña Isabel II, ó bien de casar al hijo de don Carlos con la hija de Isabel y llamar á ambos, ó bien de apelar sencillamente á un hijo de la reina Cristina.

Ahora, autorizado el señor Santa Anna para dar á la

nación la forma de gobierno que tenga por conveniente, ha resuelto pedir el establecimiento de la monarquía, comisionando al mismo señor Gutiérrez de Estrada con tal objeto.

El candidato es ahora el Infante don Juan, y el encargado de conducir las negociaciones y delegado mío, lo es un jovencillo recién entrado á la carrera diplomática, José Manuel Hidalgo, el cual anuncia ya disposiciones superiores de prudencia y reserva.

A bien que ya ha dejado encaminadas las cosas el coronel don Ramón Cevallos, nuestro encargado de negocios en Madrid, mientras llega el señor Vivó.

Otro poderosísimo auxiliar tenemos en don José Ferrer de Couto, quien oficiosamente al principio y ahora mediante un corto estipendio que recibe del gobierno, se ha propuesto, nuevo Pedro el Ermitaño, restablecer el prestigio de la raza latina en América.

Por conducto de ese caballero, la señora doña Isabel II ha mandado saludar al señor Santa Anna, expresándole cuanta admiración siente por él.

*Marqués.* He escuchado esas cosas con singular regocijo; pero si acaso no es molesto á V. S., sírvase explicarme cómo el señor Santa Anna, republicano y primer proclamador de la república, puede patrocinar tan saludables tendencias. De seguro la madurez de la edad le ha hecho dejar las poco sanas teorías que había abrazado primeramente.

*Bonilla, triunfante y lleno de regocijo.* No piense V. S. tal cosa; el señor Santa Anna es y ha sido siempre un ferviente monárquico. Nada menos saludó el ascenso de Iturbide al trono, con aquellas memorables palabras: «No es posible contener el exceso de mi gozo, por ser esta medida la más análoga á la prosperidad común, por la que suspirábamos y estábamos dispuestos á que se efectuase, aunque fuese necesario exterminar algunos genios díscolos y perturbadores, distantes de poseer las verdaderas virtudes de ciudadanos.»

*Marqués.* Bien está; pero en ese caso, ¿por qué fué el señor Santa Anna el primero que se pronunció contra Iturbide?

*Bonilla.* Por una causa muy fácil de explicarse: impulsado por los agentes españoles y de acuerdo con la guarnición de Ulúa.

*Marqués.* En ese caso nada tengo que decir, y acepto, aplaudo y celebro la nueva dirección de los acontecimientos.

Algo más hablaron los dos hombres de gobierno; pero no tuvo, ni mucho menos, la importancia de lo apuntado.

A poco el señor de la Rivera se salió dando sombreradas, y el señor Bonilla pasó á componerse el lazo de la corbata, que parece tiene una perversa tendencia á desarreglarse.

*15 de Julio.* Hoy, en cumplimiento de la salvadora ley de imprenta, se mandó recoger un libro al parecer pernicioso y lleno de vitandas doctrinas. Se llama *La educación de las madres de familia*, y es obra de un tal Aimé Martin. Los masonetes están rabiando, pues quisieran se dejara á los corruptores y amigos de las malas doctrinas, predicar á mansalva sus picardías; pero afortunadamente están allí los argos de nuestra fe, que se incautan de esas infamias y las echan á donde deben para que no caigan en manos de inocentes que puedan pervertirse.

*16 de Julio.* Hoy he sabido de otro proyecto de monarquía que hubo hace años. Se trataba de casar al señor Santa Anna con la reina doña Isabel II, á fin de unir la antigua y la nueva España.

Desgraciadamente cuando S. E. estaba viudo, por muerte de su primera esposa, doña Inés García, contrajo matrimonio demasiado pronto con su actual cónyuge, señora Tosta, no dejando transcurrir sino dos meses entre uno y otro enlace. Bien es verdad que no concurrió á la bendición, pues como *estaba de luto*, nombró su apoderado á don Juan de Dios Cañedo, padrino de pila de la hoy Presidenta...

Y fué tanto el entusiasmo con que Cañedo tomó su papel, y tan grande su deseo de exhibirse, que le llamaron *el casado sin novia*; pues no sólo salió á recibir las aclama-

ciones del pueblo, sino que se empeñó, en la comida oficial, en una cuestión de precedencias con el vicepresidente Canalizo, que estaba en ejercicio del Ejecutivo, pues decía que él, Cañedo, era Santa Anna y lo representaba allí.

¡Quién sabe hasta dónde habría querido llevar las personerías!, pero afortunadamente allí le detuvieron. Lo cierto es que este enlace prematuro é inesperado, nos quitó á los mexicanos el placer de unirnos de tan hermosa manera á nuestra madre patria.

*26 de Julio.* Hoy entró la Excm. Señora Presidenta doña Dolores Tosta, en medio del regocijo general. Se hicieron en su honor tres salvas, cada una de veintiún cañonazos: una en San Lázaro, otra en Chapultepec cuando pasó por ese lugar, habiendo salido á cumplimentarla el Director del Colegio y á hacerle los honores los alumnos y la oficialidad, y la última en Tacubaya, al penetrar S. E. en el palacio presidencial.

El señor General Presidente salió á recibir á la augusta viajera hasta Belén, y de allí la condujo en su propio coche, uniéndose el lucidísimo acompañamiento del benemérito al otro verdaderamente regio que traía la señora.

Las calles de Tacubaya se habían adornado como para tan señalada solemnidad; los distinguidos cónyuges fueron

pasando por entre arcos de flores y follaje, que levantaron los más pudientes vecinos, y recibiendo los parabienes de un pueblo entusiasta y cariñoso.

Noto que mi importancia va subiendo de punto, pues ya no sólo se me comisiona para dirigir á los que han de gritar vivas y alegrarse; ya se me considera capaz de algo más fino y delicado, y por eso hoy tuve el encargo de componer unos versillos con que había de saludar á la señora su fiel ciudad de México.

Toda la noche me pasé en vela, meditando, royéndome las uñas, escribiendo, tachando, quitando, poniendo y retocando, hasta que me salieron varias composiciones, de las cuales la más celebrada fué ésta:

#### OCTAVA

Vuelve, Dolores, de la patria al seno  
 Que, entusiasmada á tu presencia hermosa,  
 El cielo ostenta de fragancia lleno,  
 De lirio ornado, de amaranto y rosa;  
 El cáliz de mortífero veneno  
 Que te brindó la emigración odiosa,  
 Hoy se torna en la miel de ricas flores  
 Que México le ofrece á su Dolores.

Los gastos de la recepción fueron veinticinco mil duros.